

na en todos los incidentes de la crisis revolucionaria hasta la muerte de Alejandro II. Jóvenes ingeniosos, médicos, matronas, maestros, institutrices, se esparcen por los campos; utilizan sus conocimientos técnicos para ganarse la confianza de los aldeanos, y cuando creen poseerla, les leen, comentándolos, los escritos revolucionarios. Esta es la primera fase de la propaganda, la más estéril: el labriego no comprende á esas gentes de otra clase ni su jerga salpicada de occidentalismos, y con frecuencia, es el primero en denunciarlas á las autoridades, que tienen, por otra parte, mil medios de celarlas, aisladas como están en medio de la población rural. Se necesita, pues, variar de táctica y, poco á poco, los revolucionarios van aprendiendo á herir las cuerdas sensibles de los campesinos rusos: en el norte, les predicán el socialismo agrario, la incautación de las tierras dejadas á los señores; en el sur, procuran despertar el recuerdo de las libertades cosacas. Al mismo tiempo, abandonan la librea de la *inteligencia* y se confunden con el pueblo: tal, disfrazado de mujik, acompaña en su emigración anual á los mujiks del norte, que van á hacer la recolección á los distritos del sur; tal otro entra en una fábrica, como simple obrero. Cuando Sofia Bardine fué sorprendida *in fraganti*, comentando en un círculo de obreros un folleto socialista, era operaria, desde hacía algunos meses, de una fábrica de hilados situada en los alrededores de Moscou, trabajando quince horas diarias y compartiendo la miseria de las obreras.

Esta propaganda debía producir, y producía efectivamente, algunas conversiones; mas antes de que hubiese podido tener por sí sola consecuencias apreciables, habrían pasado muchos años, los bastantes seguramente para enfriar el entusiasmo de los misioneros. El celo excesivo de la policía hizo, sin embargo, que el movimiento persistiera y tomase á la larga un carácter más amenazador. Puestas en guardia desde mil ochocientos setenta y tres, con motivo del proceso del socialista Nietchaseff, las autoridades se entregaron á la caza de los propagandistas. Los arrestos se multiplicaron en Mayo de mil ochocientos setenta y cinco: en esta época, el nihilismo tenía ramificaciones importantes en treinta y siete provincias. Durante dicho año, la propaganda socialista adelantó poco, por la intervención del gobierno, la indiferencia de las masas y la falta de práctica de los nuevos apóstoles. Empero, dos procesos monstruosos, el de los *cincuenta* y el de los *ciento noventa y tres*, formados en Moscou y en San Petersburgo, respectivamente, en mil ochocientos setenta y siete, causaron al gobierno heridas más profundas que todo cuanto se había intentado hasta entonces por medio de «colonizaciones» y de motines callejeros. La publicidad de los debates, que el gobierno no se atrevió aún á suprimir, permitió conocer los procedimientos arbitrarios y violentos que empleaba la policía y puso de relieve la abnegación y el celo, cuasi evangélicos, de los acusados. El proceso de los *ciento noventa y tres*, especialmente, resultó una condenación pública del régimen imperante. Para colmo de males, los ánimos andaban á la sazón muy sobreexcitados, por efecto de las

derrotas sangrientas que los ejércitos rusos acababan de experimentar delante de Plevna. Durante el juicio oral, el banco de los reos se transformó en tribuna, desde la cual se tronó contra el gobierno. Jóvenes imberbes se expresaron con una resolución y una energía que impresionaron al público hondamente, demostrando tal intrepidez y tal desprecio á la muerte que parecían ser representantes de una causa grande y sagrada. Sus abogados hablaron cual si con ellos se hubiesen conjurado, y los jueces se condujeron tan torpemente, como si los cegara y paralizase la conciencia de la perversidad del sistema á cuyo servicio estaban. Las declaraciones resonantes de Sofia Bardine hallaron eco en todas partes. «Esto no es un tribunal, exclamó el acusado Myschkine, sino una farsa necia, algo más vergonzoso que un lupanar. En éste, la miseria impulsa á las mujeres á comerciar con su propio cuerpo; pero aquí vemos á ilustres senadores traficando vilmente con la vida de otros hombres, con la verdad, con la justicia, con todo lo más sagrado que hay para la humanidad.» Al ser oídas estas palabras, se promovió una verdadera pelea entre los acusados y los guardias; desmayáronse las mujeres, y la fuerza pública tuvo que despejar el local. El veintitrés de Enero de mil ochocientos setenta y ocho, se sometió la sentencia del tribunal al emperador, y el veinticuatro, antes de que Alejandro II dictase su fallo, se perpetró un crimen nihilista que iluminó con luz intensa, como relámpago fatídico, la sima que amenazaba tragarse á la sociedad rusa. Aquel día era uno de los destinados por el general Trepoff, prefecto de San Petersburgo, para recibir á las personas que querían dirigirle alguna petición. Pues bien; una joven, que había entrado con el pretexto de entregarle una solicitud, le disparó un tiro, con un revólver que llevaba oculto debajo de la manteleta. La bala hirió al general en el costado derecho y penetró en los intestinos, poniendo su vida en gravísimo peligro. Llamábase la doncella Vera Sassulich, y había cometido el atentado para vengar la injuria inferida por el prefecto de San Petersburgo al reo político Bogulyuboff, que no estaba emparentado con Vera, ni era su amante, ni amigo suyo. Bogulyuboff, estudiante que pertenecía á la secta revolucionaria, había tomado parte en una demostración popular, verificada poco antes de declararse la guerra á Turquía. Procesado por este hecho, lo sentenciaron á trabajos forzados, con privación de todos sus derechos civiles. Pero no siendo aún ejecutoria la sentencia y hallándose, por consiguiente, en el goce de estos derechos, Trepoff había mandado que le diesen una tanda de palos en la cárcel de San Petersburgo, por no haberse descubierto en su presencia. Tan brutal castigo era ilegal; porque, el diez y siete de Abril de mil ochocientos sesenta y tres, el Czar había prohibido el uso del knut y el del palo; éralo también, por aplicarse á un ciudadano que no había perdido todavía sus prerrogativas de tal. Vera Sassulich había leído el caso en un periódico, y no quiso que pasase inadvertido, por la grave ofensa que envolvía contra la dignidad humana. En su consecuencia, decidió llamar hacia él la atención pública, y no

encontrando mejor medio de conseguirlo, decidióse á atentar á la vida del general Trepoff, curándose poco de matarlo ó no, pues su propósito era menos asesinar que promover un escándalo.

La opinión pública aprobó en secreto el acto de venganza de Vera, por el odio y el terror que inspiraba la tristemente famosa «sección tercera» de la policía. La nueva organización de los tribunales no había sido, como se esperaba, garantía eficaz contra la arbitrariedad y la injusticia de los esbirros; pues la policía enmendaba los fallos de los jueces volviendo á prender á los acusados absueltos, admitiendo querellas civiles contra ellos é imponiéndoles penas, como si no existiesen tribunales ordinarios. El general Trepoff, sobre todo, había introducido en la instrucción de las causas los procedimientos más torpes y abusivos. Los mismos funcionarios imperiales, indignados de estas extralimitaciones, se alegraron de su desgracia. El crimen de Vera Sassulich tenía, sin duda, carácter político; á pesar de ello, el ministro de Justicia, conde de Pahlen, recabó del emperador que el proceso pasara al jurado de San Petersburgo, ante el cual comenzó la vista pública el primero de Abril. El jurado llamado á conocer del asunto componíase, en su mayor parte, de funcionarios públicos, y su tendencia quedó manifiesta cuando el fiscal calificó el hecho de protesta laudable de la dignidad humana, no encontrando más culpa en Vera que la de haberse hecho justicia por su propia mano. El abogado defensor, Alejandroff, pronunció un magnífico discurso, que el fiscal no contradujo. Los jurados fueron aún más lejos, pues á la pregunta de si la acusada era culpable de haber disparado un arma de fuego contra el general Trepoff, contestaron: «No». El público distinguido que asistía al juicio acogió con aplausos el veredicto, y Vera, absuelta y celebrada como heroína, fué conducida en hombros al coche, que estaba esperándola en una esquina inmediata. Presentóse entonces la policía, evidentemente para prender otra vez á la joven; mas se produjo un tumulto formidable, en que se dispararon varios tiros, y gracias á él, aquélla pudo escapar, primero de San Petersburgo y después de Rusia, refugiándose en Suiza. El gobierno mandó anular el proceso, y el Czar dispuso que, en lo sucesivo, el jurado no conociese de los delitos políticos.

Desde el veinticuatro de Enero, fueron frecuentes los atentados del nihilismo, que entró en nueva fase, titulada por Stepniak «el terrorismo». El gobierno se aprovechó de la circunstancia de hallarse en estado de sitio, por consecuencia de la guerra, algunos distritos del sur, para aplicar la ley marcial á los revolucionarios. En el mes de Julio, comparecieron ante el consejo de guerra, en Odessa, cinco jóvenes y tres muchachas, acusadas del delito de conspiración y del de haber opuesto resistencia armada á las autoridades. El principal de ellos, Kovalski, fué condenado á muerte y fusilado. Los nihilistas no se amedrentaron. El general Mesenzeff, jefe de la policía secreta, recibió un pliego, donde se le comunicaba su sentencia de muerte, dictada por un «comité ejecutivo»

secreto. Uno ó dos días después, el cuatro de Agosto de mil ochocientos setenta y ocho, al dar Mesenzeff su acostumbrado paseo matutino, le sorprendieron dos jóvenes elegantes: uno disparó un revólver contra él, el otro le hundió un puñal en el corazón. Los dos asesinos subieron á un coche, preparado al efecto, desapareciendo sin dejar rastro. Una hoja volante, repartida á poco y que llevaba el epígrafe de «vida por vida», anunció que los asesinatos continuarían mientras el gobierno no renunciara á su sistema de arbitrariedad. Más adelante, se leyó en la prensa nihilista que «la ejecución de Mesenzeff había costado sobre seis mil rublos».

En el entretanto, había sido víctima de las venganzas de los revolucionarios el espía policiaco Nikonoff; era atacado en Kieff á pistoletazos Kotliawresky, joven empleado de la policía, y se asesinaba en la misma ciudad, en una de las calles más frecuentadas, al jefe de gendarmería, Heyking, siendo muerto de un tiro un obrero que se arrojó sobre el asesino. El duelo, entablado entre los nihilistas y el gobierno, continuó con tan pocos escrúpulos por una parte como por la otra. El nueve de Agosto de mil ochocientos setenta y ocho, un decreto reservó á los consejos de guerra el conocimiento de todos los complots y atentados dirigidos contra el Estado, con lo que no sólo se cambiaba el procedimiento, sino que se aumentaba la penalidad. Agravaba la situación el que el gobierno, antes de entrar en guerra abierta con el nihilismo, había perdido el apoyo que hasta entonces tuviera en la opinión pública. Los panslavistas le abandonaron después de las derrotas de Plevna, yendo muchos de ellos á engrosar las filas de los reformadores políticos. Alsakoff, jefe reconocido del partido nacional, declaró, en un discurso de tonos enérgicos y revolucionarios, pronunciado el veintidós de Junio (tres de Julio) de mil ochocientos setenta y ocho en la sociedad de beneficencia de Moscou, que el abandono de la Bulgaria meridional sería un acto de traición á Rusia. El asesinato de Mesenzeff coincidió con las protestas airadas del público al ser conocido el tratado de Berlin, y cuando el emperador impetró, en Agosto siguiente, la cooperación de la sociedad entera contra las bandas de asesinos nihilistas, las asambleas provinciales contestaron dirigiéndole un diluvio de peticiones, encaminadas á conseguir el reconocimiento de sus derechos y la libertad de la palabra, de la prensa y de reunión.

Después de una tregua, en que el gobierno pudo creer que había desbaratado la organización del nihilismo con sus órdenes de prisión y sus deportaciones en masa, volvieron á empezar los atentados de carácter político. En Febrero de mil ochocientos setenta y nueve, la policía detuvo en Kharkoff á un tal Jomine, que intentó devolver la libertad á algunos presos políticos. El gobernador de Kharkoff, príncipe de Krapotkine, hermano de uno de los jefes del movimiento revolucionario, entregó al detenido al consejo de guerra para que lo juzgase. En seguida, antes de terminarse el proceso, en todas las grandes poblaciones de Rusia aparecieron pasquines que publicaban la sentencia de

muerte de Krapotkine, dictada por el «comité ejecutivo», y en la noche del veintiuno al veintidós del mismo mes de Febrero, al regresar de un baile, el príncipe caía herido mortalmente de un tiro de revólver. Quince días más tarde, le tocó el turno al jefe de gendarmería de Odessa, Knoop: al lado de su cadáver, en su propia casa, se encontró un papel que contenía la sentencia del «comité ejecutivo». El veintitrés de Marzo, los nihilistas mataron al agente de policía secreta, Reinstein, en Moscou; el mismo día, atentaban en San Petersburgo á la vida del general Drenteln, sucesor de Mesenzeff; el cinco de Abril, hicieron fuego contra el gobernador de Kieff; el diez, dieron de puñaladas al jefe de policía en Arkangel; finalmente, el quince, Solavieff disparó los cinco tiros de su revólver sobre el emperador, que resultó ileso.

El gobierno respondió á este último atentado dividiendo á Rusia en seis grandes distritos, al frente de los cuales puso jefes militares investidos de poderes absolutos. En adelante, cualquier acusado pudo ser sustraído, por simple decisión del gobernador general, á sus jueces naturales, para ser conducido ante el consejo de guerra; pudo ser juzgado, sin previa instrucción de proceso; pudo ser condenado, sin declaración oral de testigos; pudo ser ejecutado, sin tramitarse el recurso de casación. No era esto sino una especie de Terror blanco oficial, opuesto al Terror rojo de los revolucionarios. Los nihilistas entonaron un canto de triunfo. «Algunos asesinatos mezquinos, dijo su periódico *Tierra y Libertad*, han sido motivo suficiente para obligar al gobierno á proclamar el estado de sitio, doblar la policía política, establecer puestos de cosacos en todos los rincones é inundar los campos de gendarmes. Con algunos pocos actos resueltos, hemos obligado á adoptar esas medidas desatentadas, á una autocracia que no habían quebrantado tantos años de agitación secreta, siglos de agonía, la desesperación de sin número de jóvenes, los ayes de los oprimidos y las maldiciones de millares de personas asesinadas, hasta perder la vida, en los desiertos y en las minas de Siberia». Satisfecho, pues, de los resultados obtenidos, el Comité ejecutivo, que declaró haber sido ajeno al atentado de Solwieff, acordó dar un gran golpe, y condenó á muerte al emperador Alejandro II, anunciándolo por medio de una proclama, data da en Agosto de mil ochocientos setenta y nueve.

El Czar estaba entonces en Crimea, y los nihilistas resolvieron volar el tren imperial en el viaje de regreso. Para ello, socavaron la vía férrea en tres puntos distintos, á saber: cerca de Odessa, de Alejandrowsk y de Moscou. La mina quedó concluída casi al mismo tiempo en los tres sitios. En el barrio de Moscou más inmediato á la línea, dos jóvenes, que se creía casados, el nihilista León Hartman y la nihilista Sofía Perowskaya, habían alquilado una casita muy humilde, desde donde dirigían el trabajo subterráneo nocturno. Sofía Perowskaya, hermosa joven de veinticinco años, fué el alma de esta tentativa, como debía serlo de la decisiva de trece de Marzo de mil ochocientos ochenta y uno.

Perteneciente á una de las familias más distinguidas de Rusia, se había salido á los quince años de la casa paterna, para consagrarse al estudio de la medicina. Afiliada enseguida al nihilismo, llegó á ser, por su genio, arrojo y sangre fría, cabeza de la sección encargada especialmente de asesinar al emperador. La policía receló algo y fué á casa de Sofía: ésta recibió á sus peligrosos visitantes con la frente serena y dispuso sus sospechas. En la noche del diez y ocho de Noviembre, mientras los conjurados acababan de abrir la mina y de cargarla con dinamita, metidos en agua helada hasta la cintura, la resuelta joven vigilaba en su casa, con el revolver en la mano, para dispararlo en caso necesario sobre el frasco de nitroglicerina que tenía delante de sí, sobre una mesa, á fin de dar la señal de que se acercaba el tren del emperador, que no había tocado en Odessa y que había pasado ya de Alejandrowsk. La explosión se efectuó, y el tren saltó en mil astillas; pero Alejandro II no iba en él, por haberle precedido excepcionalmente el de equipajes, que fué el destrozado por la mina.

Para el caso de que esta tentativa fracasase, como sucedió, los nihilistas tenían tomadas ya sus medidas á fin de volar el Palacio de Invierno. Uno de ellos, Chalturine, enfermo de tisis, había consagrado el resto de su vida al asesinato del emperador. Disfrazóse de aldeano y logró ser admitido en palacio como barnizador, demostrando suma habilidad en este oficio. Alojado en el vasto edificio, pudo formarse idea exacta de su topografía, y cuando hubo adquirido este conocimiento, introdujo en las habitaciones por él ocupadas, que estaban en la planta baja, precisamente debajo del comedor, situado en el segundo piso, algunos cartuchos de dinamita, que hizo estallar al anochecer del cinco de Febrero. Oyóse una detonación formidable; se apagaron todas las luces de palacio, y voló el comedor, como asimismo el aposento de la guardia, que estaba inmediatamente debajo, resultando heridos cincuenta y tres hombres. El emperador se salvó segunda vez como por milagro, debido á la circunstancia de haberse retrasado el príncipe de Bulgaria, invitado aquel día á comer en palacio. Chalturine logró escapar antes que la explosión se verificase, y cuando, más tarde, fué preso en Odessa por complicidad en otro atentado, las autoridades le juzgaron y mandaron ejecutar en el término de veinticuatro horas, sin sospechar que era el autor del del cinco de Febrero.

La impotencia del gobierno, en su lucha con los conspiradores, debíase no menos, y tal vez más, á sus propias faltas que al valor de sus enemigos. Pocas de las familias pertenecientes á las clases instruídas dejaban de contar alguna víctima en su seno, á consecuencia de la represión desordenada á que se entregaban los gobernadores generales, y vivían bajo la impresión del terror producido por la justicia á *la Kitbika*, las deportaciones sin juicio, las condenas sin formación de causa: así es que los revolucionarios encontraban en todas partes, aún en los medios más refractarios, al parecer, á sus ideas, simpatías y hasta auxilios. Si no se aprobaban los delitos de los nihilistas, hallábaseles